

Una aproximación a la disputa de sentido en la crisis global: hegemonía, ideología y proyectos estratégicos

Javier Pastor. FaHCE-UNLP. javierpastor2003@yahoo.com.ar

Jonathan Prueger. FaHCE-UNLP. ejprueger@gmail.com

Crisis, esquemas de poder y disputa por la hegemonía

Promediando la segunda década del siglo XXI, el mundo se encuentra en una profunda crisis, insinuada desde principios de siglo con el derribamiento del centro del comercio financiero mundial (“Torres Gemelas”), y ya claramente observable y manifiesta desde el estallido financiero de 2007-2008. Esta crisis global, que algunos denominan ‘epocal’, ‘civilizatoria’ o ‘del capitalismo’, se presenta en las distintas órbitas de lo social, poniendo en cuestión el ordenamiento político mundial prevaleciente, y dando cuenta de transformaciones estructurales que se vienen aconteciendo en el modo de producción capitalista, de la mano de la globalización financiera (Dierckxsens y Formento, 2016). El objetivo del presente trabajo se centra en abordar la particular dimensión ideológico-cultural de esta crisis global, entendida en términos de disputa por la configuración del orden mundial.

Lejos de concebir esta gran crisis en términos ‘mecánicos’ o puramente estructurales – es decir, impersonales-, abrevamos en una visión que busca identificar los grandes actores del poder mundial, quienes pugnan por (re)definir el ordenamiento mundial y social imperante. Procederemos, pues, a identificar brevemente a quienes entendemos son los protagonistas de esta disputa –geo-económica, geopolítica y geoestratégica-, para luego exponer el instrumental teórico del que nos valdremos, finalizando esta primera aproximación a esta temática con algunas conclusiones y un plan de trabajo sobre las posteriores indagaciones de esta línea de investigación.

Batalla de imperios financieros y la apuesta por un mundo multipolar

En base a una diversidad de factores, que van desde el debilitamiento de la hegemonía estadounidense a nivel mundial hasta el ascenso de grandes potencias regionales, especialmente China, que se han agrupado preponderantemente en el bloque BRICS (Brasil,

Rusia, India, China, Sudáfrica) y la Organización de Cooperación de Shanghai (OCS), identificamos como eje central de la actual crisis el enfrentamiento entre unipolarismo vs. multipolarismo (Amin, 2001). Es decir, la contraposición entre concepciones del ordenamiento mundial basada en la concentración y centralización de las capacidades y recursos estratégicos en manos de las fracciones del capital dominante, contra aquellas que pugnan por una democratización de tales factores: ya sea porque sus horizontes societales son abiertamente poscapitalistas; porque la capacidad de acumulación endógena de sus clases dirigentes requiere la libre concurrencia entre factores de poder para su sostenibilidad en el tiempo; o bien, porque sus intereses estratégicos coalicionan objetivamente con las tendencias económicas, políticas, culturales promovidas por alguna de las vertientes del unipolarismo o por ambas.

No obstante, entendemos que hoy en día un tipo de abordaje que parta del estado-nación como unidad de análisis privilegiada resulta insuficiente, dadas las transformaciones estructurales que viene produciendo el capital, como relación social, y de producción y reproducción de formas de vida. Siguiendo a Dierckxsens y Formento (ídem), encontramos la presencia de una nueva forma de capital dominante, que viene desarrollándose en base al proceso de globalización financiera, y que ha generado bancas, fondos y empresas que superan y trascienden las fronteras nacionales, tomando un carácter transnacional. Fracción de grandes capitales financieros que impulsan como proyecto estratégico (de mundo, de sociedad y de forma de vida) lo que los autores llaman “globalismo”, es decir, un mundo con estructuras e instituciones de gobierno de carácter mundial, asentado una red de cities financieras en todo el globo, acorde a los intereses de las grandes empresas transnacionales¹. Se trata pues, de un proyecto novedoso, que viene transformando las estructuras precedentes, poniéndolas en crisis (claramente perceptible en el sostenido declive de EEUU en materia

¹ “Tratase de un Estado con instituciones propias más allá de las naciones, que las supera conteniéndolas en otro orden, donde niega lo nacional como tal identidad e impone una nueva identidad local, como tendencia. De aquí que la relación entre el par local-global es orgánica a la nueva forma de capital global, por lo que construye y lo que diluye-desarticula. Donde puedan imponer a los “ciudadanos” (es decir, un ciudadano sin derechos políticos ni económicos) procesos sin necesidad del ‘juego electoral democrático’ propio de los partidos ideológicos de masas y sí más propio de las grandes corporaciones mediáticas y del marketing político ocupando el lugar de los partidos políticos de masas; con sus propios órganos, y su propio sistema jurídico de propiedad material e intelectual y, sobre todo con la posibilidad de una fuerza armada global (la OTAN)” (Dierckxsens y Formento, 2016: 19).

económica, dada la deslocalización de sus grandes empresas hacia el Asia-Pacífico desde los '90), pero que no deja de asumir un signo unipolar, aunque de carácter multilateral².

Observamos, luego, que el proyecto estratégico 'globalista' se enfrenta con el clásico 'imperialismo norteamericano', es decir, con aquellos intereses que tienen asentado su poderío (económico, político, militar, ideológico-cultural) en el Estado-nación estadounidense: el continentalismo de Washington y su complejo industrial-militar y financiero. Este profundo enfrentamiento podría situarse entonces como condición de posibilidad para los grandes acontecimientos mencionados anteriormente: la "caída" de las Torres Gemelas (epicentro del comercio financiero mundial, con preponderancia de bancas 'globalistas') en 2001, y la "caída" de la banca globalista Lehman Brothers en 2008, que dio lugar a la crisis financiera mundial, en tanto golpes funcionales³ a esta fracción de capitales con fuerte asiento en EEUU, en la medida que pudiera perjudicar el avance del proyecto financiero global, o globalista (Formento y Merino, 2011; Formento, 2015). En consecuencia, este conflicto da cuenta de que se ha producido una ruptura en el núcleo del poder mundial, y esto ha fungido de escenario para la específica forma en que se expresa esta crisis global, y la emergencia del multipolarismo como opción de poder.

Por último, el proyecto multipolar a que se hacía referencia puede observarse siendo impulsado por el bloque BRICS, especialmente desde 2014 con la cumbre en Fortaleza, Brasil, y el anuncio de un planteo de nueva arquitectura económica-financiera-productiva alternativa a la existente desde Bretton Woods por parte de "Occidente". Se aprecia una apuesta por el capital productivo, en oposición a la valorización financiera, impulsando como

²La definición 'unipolar-multilateral' busca diferenciarse de la concepción geopolítica clásica de un omnipotente polo de poder mundial asentado en una superpotencia, o Estado-nación de país central, para dar cuenta de la tendencia actual a impulsar instituciones de 'diálogo', 'negociación' y 'cooperación' como el G-20 y ciertas instancias usualmente ligadas a instituciones de las Naciones Unidas (carácter supranacional, por encima de los Estados-nación), que presentan una imagen de democratización y pluralismo en la toma de decisiones; sin embargo, no se trata de una concepción multipolar, dado que bajo este diseño estratégico, el poder mundial se sigue concentrando y centralizando en un solo polo de poder concentrado, aunque no asentado en un Estado-nación, sino en una emergente arquitectura jurídico-estatal transnacional a 'imagen y semejanza' del capital financiero globalizado.

³En relación al atentado del 11-S, se ha vuelto un lugar común la idea de que no fue obra del "terrorismo islámico", o al menos no solamente, sino un auto-atentado estadounidense, o de falsa bandera, en base a una serie de pruebas que dan cuenta que las Torres no podrían haber sido demolidas por el impacto de dos aviones, sino que necesariamente deben haber sido derretidos sus soportes estructurales con artefactos que desprendieran enormes magnitudes de calor (Formento, 2015). De acuerdo con la mentada imposibilidad de dar cuenta de estos grandes hechos del poder mundial acotándonos al nivel del Estado-nación, resulta mucho más lógico leer este hecho (y también la "caída" de la gran banca de inversión Lehman Brothers en 2008) como producto, ya fuera por acción u omisión –sea diseñando, planificando y ejecutando estos hechos, o sólo habilitando y luego capitalizándolos- de una fracción de intereses del capital financiero, en su pugna económica y estratégica contra otra fracción que pone en juego sus bases materiales de acumulación y reproducción.

eje vertebrador de este proyecto la “nueva ruta de la seda” (ibid: 139-142) en Eurasia, y la articulación de los emergentes bloques de poder como el latinoamericano con sus organismos de integración (UNASUR-CELAC-MERCOSUR-ALBA), en base a una cooperación alternativa, con eje en la resolución política y mediante la paz de los conflictos mundiales.

Proyectos estratégicos y dimensiones analíticas

La distinción de tres grandes planos analíticos de la realidad social –el económico, el político y el ideológico-cultural-, nos es útil para el análisis e investigación de estos procesos, y será nuestro objetivo, como hemos dicho, concentrarnos en el tercero de estos planos. Pero distinguiendo estas órbitas de lo social en tanto planos analíticos, que encontramos imbricados y articulados (como así también se da con la relación entre ‘estructura’ y ‘superestructura’), concibiendo el eje ordenador y unificador de estos planos, en lo que a los fines de este análisis respecta, en términos de *proyectos político-estratégicos* (Formento y Merino, 2011), como hemos mencionado también, que hacen a modos diversos de concebir el ordenamiento social.

Se puede observar, entonces, una correspondencia entre determinadas mediaciones políticas paradigmáticas con las fracciones de capital a que hemos hecho referencia y sus grandes bancas y fondos de inversión: para ejemplificar en relación a la situación en EEUU, se puede ver a los Clinton y Obama como expresión ‘orgánica’⁴ de las bancas globalistas City Bank, HSBC, Barclays, etc., mientras que la familia Bush aparece como clara representación de los intereses comparativamente retrasados del complejo industrial-militar belicista, y sus bancas JPMorgan, Goldman Sachs y otras⁵. Nuestros esfuerzos estarán puestos, por otra parte, en buscar identificar las correspondientes mediaciones en el plano ideológico-cultural asociables con los distintos esquemas de poder a los que hemos aludido: tanto actores individuales como colectivos (grandes diarios, fundaciones, centros de ideas, etc.), así como diversos elementos ideológico-culturales, que juegan un papel relevante en la

⁴Tomamos aquí la noción de organicidad tal y como es empleada por Antonio Gramsci (2004) en su caracterización del “intelectual orgánico”, para referirse menos a una pertenencia directa y corporativa a determinado grupo social, sino lo que hace a representar el horizonte de sentido depositario de los intereses de tal grupo.

⁵Formento (2015) desarrollo estas vinculaciones a raíz de la asunción de Bill Clinton en 1993, y la designación de sendos ministros de Economía provenientes del Citibank –Rubin y Summers-, quienes “fueron los artífices de la primera gran fusión bancaria global que reunía a: City Bank Gran Banca Comercial - Salomon Smith Barney Gran Banca Financiera –y- Travellers Gran Aseguradora”, para dar lugar en 1999 a la derogación de la ley GlassSteagall, la cual desde 1934 impedía el desarrollo de la banca financiera que había producido el ‘crack bursátil’ del ‘29 mediante la especulación descontrolada y la creación de una enorme burbuja financiera.

construcción de *hegemonía* de estos proyectos, ocupando este concepto un lugar central respecto de dichos procesos.

Consideraciones analíticas para una crítica de la industria cultural

Presentaremos ahora los núcleos conceptuales que nos permitirán explorar la dimensión específicamente ideológica de la actual disputa geopolítica en tanto que su impacto sobre las configuraciones socioculturales, las matrices ideológicas, sobre los esquemas intelectuales y morales que fungen como puntos de apoyo de sendas operaciones hegemónicas, a la vez que su cristalización en determinados productos de la “industria cultural”. Para ello comenzaremos por dar un uso y sentido precisos a la noción de hegemonía como mediación conceptual dialéctica entre los momentos estructurales y superestructurales de la dominación social, al mismo tiempo que como tensión permanente entre lo políticamente instituido y lo instituyente.

Avanzaremos luego en torno a una definición de lo que consideramos es el objeto de la hegemonía en lo político: la conformación, producción y reproducción de matrices ideológicas, en tanto que principios de visión y división del mundo social, que presten consenso activo o pasivo a las relaciones sociales dominantes, legitimándolas, o, por el contrario, busquen su desnaturalización, y una resignificación que subvierta su sentido. Por último, en lo que constituirá el tramo final de este apartado, exploraremos una propuesta de operacionalización de nuestras categorías para el análisis sociológico y político de la cultura en torno al concepto de *directrices ideológicas*, como una manera de abordar sistemáticamente el diagnóstico del impacto político de los elementos ideológico culturales, lo que dará pie a la última sección del cuerpo de nuestro trabajo en la cual buscaremos ilustrar las categorías aquí exploradas a través de su puesta en juego para la crítica política y cultural en lo concreto.

Dijimos anteriormente que la dimensión hegemónica era un momento central de la constitución y la disputa entre proyectos estratégicos, habremos ahora de especificar en qué sentido. En tanto que la forma prototípica que asume la dominación social (de clase) en las sociedades industriales capitalistas avanzadas (“Occidente”) en la teoría política gramsciana⁶,

⁶Para esta descripción y tematización del uso de la teoría gramsciana véase Gramsci (1990) y Portantiero (1988).

el concepto de hegemonía alude a una serie de procesos complejos en lo político en sentido ampliado, en la esfera superestructural, a partir de dónde se enraíza la posibilidad de un grupo social, de una fracción de clase, o de una clase en su conjunto de adquirir una preeminencia sobre el todo social en tanto que clase dirigente. Esta dirección, en pos de la diversificación sociocultural requerida por la complejización de las relaciones sociales de producción, ya no puede reducirse a dominación pura y nuda, a pura coerción jurídico-militar sino que debe asumir a su vez un cariz consensual que permita la inclusión material y simbólica subordinada de las clases y fracciones de clase subalternas al horizonte “intelectual y moral” (ideológico) que propone como autointerpretación de época el bloque en el poder, horizonte de sentido cuya expresión visible se encarna tanto en discursos explícitos, como prácticas, e instituciones consideradas como legítimas ya sea activamente o de forma tácita.

A su vez, estas instituciones configuran los marcos simbólicos de la cultura, la opinión pública, y la movilización social, tienen una influencia más o menos indirecta sobre la formación una voluntad colectiva que apoye un determinado horizonte de sociedad, o bien por el contrario, una propuesta de cambio social. Aquí, la remisión a la capacidad de interpelación y conformación ideológico – subjetiva de los aparatos ideológicos de estado (ampliado) en Althusser (1989) resulta ilustrativa del modo en que lo ideológico se vuelve, sobredeterminadamente, una dimensión constitutiva de la materialidad del orden social y la lucha por su transformación., como bien lo hiciera notar Marx (2010) en las tesis sobre Feuerbach; en la medida que se destaque la dimensión asimismo práctica y generativa del *habitus* informado (Bourdieu, 1990). En otras palabras, la forma en la que se construye sentido en torno de las relaciones sociales de producción se vuelve un momento central en las mismas, que apunta necesariamente más allá de la esfera de la producción propiamente dicha, sino dialécticamente considerada, sobredeterminándola⁷. En no menor medida así también puede leerse la aseveración bourdieana de la lucha de clases como expresada en modo alguno menor a través de la lucha de clasificaciones, de la lucha por imponer en cada caso los criterios de visión y división legítimos (legitimados) acerca del mundo social⁸.

Estas consideraciones analíticas encuentran sus condiciones socio-históricas de posibilidad a raíz de las transformaciones en la sociedad contemporánea producto de la

⁷ Para un trabajo sistemático sobre la noción de sobredeterminación y contradicción en última instancia ver Althusser “Contradicción y sobredeterminación, notas para una investigación” en Althusser 1988.

⁸ Si bien no dejamos de reconocer que esa es una posibilidad entre tantas que puede asumir en el espacio social la pugna por la dominación simbólica, que para Bourdieu (2008) refiere en su especificidad a múltiples campos en los cuales se efectiviza como tal.

emergencia de una nueva forma de capital dominante (Formento y Merino, 2011), la revolución tecnológica y la globalización neoliberal financiera desde los años '60 y '80, con la emergencia y supremacía de la industria cultural, con sus correlatos en la conformación estructural de las clases sociales⁹⁹, la fragmentación identitaria de los sujetos, la crisis de los partidos ideológicos de masas y las formas de representación política. De esta manera, podemos pensar el reciente énfasis del posmarxismo en la dimensión ideológica de la hegemonía como su rasgo distintivo, y su posterior ontologización, como una respuesta que busca tematizar parcialmente estos procesos en el campo de la teoría (véase Laclau, 2000; Žižek, 2011).

Ahora bien, en la medida que nuestro interés está dado fundamentalmente por contar con instrumentos analíticos para la interpretación sociopolítica de la cultura como expresión de las pugnas geopolíticas, debemos indagarnos acerca de los referentes empíricos de lo que podría leerse como su objeto: la producción diferencial y diferenciada de sentido común como *doxa* (Bourdieu, 2000) objetivamente vinculada a los proyectos estratégicos en pugna. Ésta se expresa políticamente en su momento de mayor generalidad y escala en las *matrices ideológicas*, tal y como aquí utilizaremos el término. Es por relación con este concepto, pero también con los procesos de construcción de subjetividad que el mismo designa, que más adelante caracterizaremos la función política de los *elementos ideológico-culturales*.

Las matrices ideológicas representan el nivel más elemental de una ideología política en sentido lato, su grado cero. De esta manera, son caracterizables como una serie de ideas, prenociones, prejuicios, y sentidos vagamente definidos articulados en torno a una cosmovisión del orden social, las relaciones humanas, y el lugar del individuo dentro ellas. En tanto que tales, en general, en su momento abstracto, las matrices ideológicas sólo poseen existencia como constructos analíticos -de lo contrario caeríamos en una reificación conceptual que carecería de todo potencial heurístico-, ya que en lo sustantivo su delimitación lógica a priori es imposible y sólo son observables respecto al modo particular en que en cada individuo estos mismos elementos se manifiestan mediados por sus prácticas específicas y sin poder anticipar en modo alguno homogeneidad y coherencia a priori entre sus diversos componentes.

⁹⁹Utilizamos aquí la noción de clase tanto que posición objetiva dentro del campo de las relaciones sociales de producción, como grupo probable, mas de ello no deducimos su existencia sustantiva ni un deber ser identitario como un grupo práctico movilizable (Bourdieu, 1990).

En este sentido, podríamos pensar que la hegemonía también se trata de la disputa por la predominancia de los modos de pensar, hacer, decir, y sentir vinculados a una u otra matriz ideológica como sentido común capaz de significar y articular cognitiva e inclusive valorativamente las prácticas y los discursos sociales considerados legítimos o “naturales”; y por ende orientadores de disposiciones a una acción reproductora o disruptiva de un determinado orden social en cada caso, sin que esto implique la imputación de intencionalidad consciente preconcebida a los sujetos individuales o colectivos que, en sus prácticas, actualizan y ponen en juego tales criterios disposicionales (*habitus* en el uso bourdieuano del término).

Una última instancia de operacionalización conceptual corresponde entonces al modo en que las dimensiones atinentes a una matriz ideológica se articulan ya no en el nivel teórico sino empíricamente a partir de la lógica del elemento ideológico cultural en cuestión. Para ello procederemos en dos niveles. Primero, para los aspectos immanentes del análisis, distinguiremos cuatro subdimensiones como indicadores observables que en su conjunto articulado hacen a lo que podríamos considerar las *directrices ideológico culturales* de un elemento: ideas-fuerza, valores, afectos, y modos de sociabilidad. Seguidamente, para los aspectos externos al mismo, pero asimismo constitutivos de su función política, definiremos las lógicas bajo las cuales estas nociones pueden encontrar su función específica en lo político, impactando como expresión y momento de una articulación hegemónica vinculable a un proyecto estratégico.

A la hora de pensar los elementos de la subjetividad que pueden estar contenidos como dimensiones pertinentes de análisis al interior de las producciones culturales resulta útil a modo ilustrativo la analogía con la tipología de la acción social elaborada por Max Weber (1969), como símiles en términos de identificar asimismo en niveles de racionalidad explícita decreciente a cada una de las dimensiones aludidas, pero al mismo tiempo respecto del carácter típico ideal de las mismas.

Comenzando así por las ideas fuerza, lo que podemos considerar la variable de mayor grado de inmediatez de una directriz ideológico cultural a tal punto que muchas veces se identifica directamente con la totalidad del mensaje manifiesto de tal o cual producción. Las ideas fuerza actúan como el eje visible de sentido racionalmente construido de un elemento ideológico cultural, las visiones que promueven y aquellas que, por contraposición, invisibilizan. Es en este sentido que es dable la comparación con la acción racional con arreglo a fines weberiana en la medida que es dable incluso pensar al elemento cultural como

entrando en una relación medios fines respecto de las ideas fuerza que transmite como mensaje. En estrecha vinculación con aquellas podemos pensar la siguiente dimensión que refiere a los valores. A la vez que como fundamentos normativos de las ideas fuerza, como fines en sí mismos, los valores que un elemento ideológico cultural busca producir y vehicular también aspiran a promover determinados criterios evaluativos y disposiciones consideradas como deseables, virtuosas, o, por el contrario, como abyectas e indeseables a aquellas que se representan negativamente. De esta manera, estrechamente relacionado con los modos de sociabilidad que ilustra, supone o promueve, es que una determinada forma cultural es capaz de contener una “ética” en sentido amplio, ilustrar en particulares casos extremos un “*ethos*” como expresión de la auto-comprensión que una sociedad determinada se da a sí misma de su *zeitgeist*. Los modos de sociabilidad inscritos en un elemento ideológico cultural refieren a las representaciones en torno a las prácticas arraigadas, hábitos objetivados, naturalizaciones del modo en que se manifiesta concretamente la intersubjetividad humana en una determinada formación social; al “lazo social” en su forma y contenido, identificable a nivel de las prácticas, como construcción de los vínculos colectivos e interpersonales.

Finalmente, pero en modo alguno por ello menos importante, es necesario poder dar cuenta de la dimensión afectiva presente en el mensaje y meta-mensaje de los objetos de nuestro análisis. La relación privilegiada de los afectos con lo político ha sido ampliamente tematizada en las teorías políticas contemporáneas (Marchart, 2009), a partir de lo cual es posible dar cuenta de que los mismos, a la vez que origen de efectos sociales, están socialmente preformados, que no nacieron solo como respuestas o reacciones individuales espontáneas, y que por ende pueden ser estudiados sociológicamente además de psicológicamente. En última instancia tanto más irresistibles pueden ser sus efectos en la medida en que más probable es que escapen al control reflexivo de la subjetividad, siendo a la vez mediación del sentido de las otras tres dimensiones. Tal recorte analítico de los componentes de los elementos ideológicos culturales no refleja, ni pretende hacerlo, una distinción real de carácter ontológica. Su exposición se sustenta en la confianza en su utilidad teórica a la hora de dar cuenta de las distintas formas en que se expresa e impacta socialmente la disputa por la hegemonía.

Pero si sólo nos limitamos a un trabajo descriptivo sobre estas dimensiones no es posible agotar el impacto en lo político de un determinado elemento ideológico cultural. Esto es así porque a priori ninguna idea fuerza, ningún afecto, ningún valor, ningún modo de la sociabilidad, está en sí mismo, abstraído de todo contexto socio-histórico y de toda lucha por

su sentido, predeterminado a tal o cual proyecto estratégico de sociedad (Laclau, 1996), de lo contrario el trato sustancialista que antes denunciáramos respecto de los conceptos de clase o de matrices ideológicas como esencias puras, a-históricas, se reintroduciría espuriamente en el análisis.

Una vez más, la dialéctica entre las condiciones sociales de posibilidad y el modo de producción que atraviesan a ese elemento ideológico cultural, y la manera en que el mismo es articulado políticamente dentro de narrativas culturales y sociales más amplias es en donde podemos extraer los hilos con los que reconstruir su funcionalidad política y el rol que mediatamente juega en los diferentes escenarios de disputa por la hegemonía. Así, además de la articulación específica de cada una de las directrices ideológico culturales con el resto en torno a la materialidad del elemento, debemos ver su inscripción y efectos concretos dentro de los campos específicos de su producción donde resultan operantes.

En otro sentido, igualmente decisiva resulta la pregunta por la afinidad entre estas cadenas sintagmáticas respecto de las producidas en el campo político, detectando puntos de contacto o de ruptura entre articulaciones diferenciales y equivalenciales producidas en uno y otro campo. De este modo buscamos integrar una perspectiva analítica que combine dialécticamente los registros de un análisis discursivo y meta-discursivo de la cultura en lo político como andamiaje metodológico para una crítica de la dominación simbólica en tanto que momento ideológico de la lucha por la hegemonía.

Elementos ideológico culturales: mensajes y meta-mensajes

Consideramos que la primera tarea, en el marco del plan de trabajo de esta línea de investigación, consiste en dar cuenta del grado de vinculación en el plano estructural, es decir en términos socio-objetivos, de los distintos actores ideológico-culturales con cada uno de los bloques de poder ya mencionados en términos generales. El modo en que se debería operacionalizar esta línea de investigación es a partir de un diagnóstico de los alineamientos de los grupos económico-empresariales con los que dichos actores están vinculados directa o indirectamente.

Entendemos por *actores ideológico-culturales* aquellos agentes sociales que, acumulando cierto acervo de capital económico, social, cultural y simbólico, disponen de la capacidad de ponerlo en juego de manera decisiva dentro del campo cultural (Bourdieu,

2007) en función de la construcción y/o reforzamiento de determinadas *directrices ideológicas* en el marco de la disputa hegemónica a nivel mundial, en sus distintos niveles y orbitas.

Para analizar las directrices ideológicas que articulan los discursos de los distintos actores ideológico-culturales en su especificidad, sería preciso partir de la identificación de determinados elementos ideológico-culturales considerados de relevancia, para su estudio. Dos criterios mínimos que deberán ser tenidos en cuenta para ello, consisten por un lado en que tales elementos posean un impacto de carácter masivo, de público conocimiento, capaces de "marcar agenda" respecto de la opinión pública en general, o en los campos específicos de su producción, en particular.

Con el término *elementos ideológico-culturales* buscamos sintetizar al conjunto de las producciones que encuentran sus condiciones de producción y su inserción socialmente reconocida dentro del campo cultural en tanto pretenden ser tomadas como unidades sintéticas de sentido, independientemente de que para su análisis sociológico sea imprescindible interpretar su sentido dentro de contextos socio históricos, económicos, políticos, y culturales, más amplios.

Así entonces, éstos deben ser desentrañados de manera integral en el modo particular en que se insertan en determinada trama social de sentidos. Es necesario dar cuenta del mensaje explícito de tales elementos, en su carácter inmediato pero también lo es, para no caer presos de una mirada fetichista o inmediateista, poder hacer lo propio respecto de los meta-mensajes, las directrices ideológicas a las que interpelan a la vez que promueven, desde la producción y reproducción de sentido común. Es por esto que decimos que los elementos ideológicos culturales dicen lo que dicen (mensaje inmediato de carácter explícito), dicen lo que no dicen (lo presente en tanto omisión en el mensaje) y además, más (momento del meta-mensaje, lo supuesto, y la forma en la cual se inserta en determinada trama social de sentidos).

Brevemente, y a modo de ejemplo, podemos tomar el caso paradigmático de la publicidad televisiva lanzada por la empresa automotriz Chevrolet denominada "*Imagine vivir en una meritocracia*". Sin adentrarnos exhaustivamente en todo lo que podría ser caracterizado sobre la misma, podemos decir que en términos del mensaje inmediato de carácter explícito se encuentra afirmada la clase media alta a lo largo de todo el relato, y la simbología presente en términos visuales (barrios de clase media alta, sushi, directorios de

empresas, personas de traje, aeropuertos, etc.). A su vez, también podemos caracterizar lo presente en el relato en términos de omisión: los sectores populares están negados en esta publicidad en términos visuales. La simbología visual presente aquí no expresa la realidad, ni la cotidianeidad de los sectores populares. Pero la indagación no termina en este segundo momento de "lo no dicho", sino que es necesario adentrarse en el análisis relacional de cómo es que se insertan tales simbologías en determinada trama social de sentidos, momento del meta-mensaje.

A partir de dicho trabajo de análisis, reconstrucción, y caracterización integral de los elementos ideológico culturales que seleccionaremos, es que se vuelve posible entonces una problematización sobre el grado de correspondencia entre las directrices ideológicas presentes en los mismos, las matrices en las que se insertan a la vez que promueven, y las específicas formas societales que los distintos esquemas de poder buscan construir a nivel mundial. Para ello, deben poder aprehenderse en un mismo movimiento analítico tanto la dimensión "expresiva" (su ser producto de un contexto histórico-social objetivo) como "articulatoria" (su estar inserta a la vez en una disputa hegemónica por su significación práctico-subjetiva) que hacen dialécticamente a la constitución de la función sociopolítica de cada elemento. Con estas nociones buscamos señalar que ambas dimensiones se condicionan recíproca y necesariamente como momentos constitutivos de la función del elemento en cuestión como tal. Volviendo parcial toda consideración aislada acerca de una u otra dimensión como la depositaria autosuficiente del sentido político de una forma cultural dada.

A modo de conclusión

Hasta el momento esto ha sido sólo una primera aproximación de carácter general, que buscar dejar sentadas las bases teóricas, conceptuales y metodológicas para ahondar en el análisis de las distintas formas en las que los esquemas del poder mundial construyen consenso en sentido amplio.

Por otro lado, desde el análisis de caso buscaremos en trabajos venideros construir una operacionalización más precisa y rigurosa de esta metodología que permita su puesta a prueba sistemática sin descuidar la flexibilidad necesaria para poder aprehender procesos sociopolíticos en su integralidad, sin encasillar la realidad social a los moldes preconcebidos

de una herramienta. Por ende, estamos pensando mas en un *modus operandi* (Bourdieu) que en técnicas de investigación en sentido lato.

Bibliografía

Althusser, L. (1988a) Ideología y aparatos ideológicos del Estado. Freud y Lacan, Nueva Visión, Buenos Aires.

Althusser, L. (1988). La revolución teórica de Marx, Mexico.D.F., Siglo XXI.

Amin, S. (2001). "Capitalismo, imperialismo, mundialización", en Resistencias mundiales. De Seattle a Puerto Alegre. CLACSO.

Bourdieu, P., "Espacio social y génesis de las clases", en Sociología y cultura, México, Grijalbo, 1990.

Bourdieu, P., La dominación masculina, Barcelona, Anagrama, 2000.

Bourdieu, P., El sentido práctico, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007.

Bourdieu, P., ¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos, Madrid, Akal, 2008.

Dierckxsens, W. y Formento, W. (2016). *Geopolítica de la crisis económica mundial. Globalismo vs. Universalismo*. Ediciones Fabro, Buenos Aires.

Formento, W. y Merino, G. (2011). *Crisis financiera global. La lucha por la configuración del orden mundial*. Buenos Aires, Peña Lillo/Continente.

Formento, W. (2015). "Las Torres Gemelas del Globalismo financiero", documentos del CIEPE-Centro de Investigaciones en Política y Economía. Disponible en sitio web.

Gramsci, A. (1990). Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y el Estado moderno. Nueva Visión, Buenos Aires.

Gramsci, A. (2004). Los intelectuales y la organización de la cultura. Nueva Visión, Buenos Aires.

Laclau, E. (1996). “¿Por qué los significantes vacíos son importantes para la política?”, en Emancipación y diferencia, Buenos Aires, Ariel.

Laclau, E. (2000). “La imposibilidad de la sociedad”, en Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo, Buenos Aires, Nueva Visión.

Marchart, O. (2009). El pensamiento político posfundacional. Buenos Aires, FCE.

Marx, K., La ideología alemana (I) y otros escritos filosóficos, Buenos Aires, Losada, 2010.

Portantiero, J. C. (1981). Los usos de Gramsci. Folio ediciones, México.

Weber, M. (1969). Economía y sociedad. FCE. México.

Žižek, S., “¿Lucha de clases o posmodernismo? ¡Sí, por favor!”, en Butler, J., Laclau, E. y Žižek, S., Contingencia, hegemonía y universalidad, Buenos Aires, FCE, 2011.